

# Pequeño simposio sobre el amor entre gin-tonics

## *Divertimento*

### GRUPO DE FILOSOFÍA DEL GARRAF

APOLODORA. – Precisamente anteayer viajaba a Sitges desde Barcelona, cuando un alumno me interpeló en el tren a grito pelado y con voz bronca, difuminada por la mascarilla, me dijo:

GLAUCÓN. – ¡Eh!, tú, profe, espérame.

Yo me detuve y le esperé. Entonces él me dijo:

–¡Profe! Justamente te andaba buscando. ¿Qué demonios estuvisteis diciendo el otro día sobre el amor? Quiero informarme con detalle de la reunión y escuchar cuáles fueron los discursos de cada uno de vosotros sobre el tema. Otro tío de clase los había oído de Filonixes, el de nocturno, y ese, de uno del bachillerato escénico; en realidad, no supo decirme nada con claridad. Cuéntamelo tú, no vaya a ser que se os ocurra poner el amor como tema de disertación en el próximo examen.

Y yo le respondí:

– Parece que tu informador no se ha enterado de nada, si crees que yo estuve en esta reunión y si piensas que el amor puede tocar como tema en un examen de bachillerato. Esa reunión se celebró en otros tiempos, cuando aún ni siquiera sabíamos lo que era el covid. Además, ¡por Zeus!, ¿no sabes que desde hace años el amor no es tema de Selectividad? De Platón entra la política y el mito de la caverna. Con el símil de la línea te basta y te sobra.

–Eso pensé yo –dijo. No te burles, profe, y dime lo que se comentó en la reunión esa –añadió con tono zalamero.

Con los chavales nunca se sabe lo que les interesa y lo que no. Así que intenté contárselo desde el principio, tal como Aristodema me lo había contado a mí.

Una noche de verano Aristodema se había tropezado con Pradonte y Astus por Sitges, y al preguntarles adónde iban tan elegantes, Pradonte le respondió:

–A tomar unos gin-tonics, al Hotel Medium Sitges Park, y hablar del amor. A los del Grupo de filosofía del Garraf nos han echado de muchos hoteles por apalancarnos durante horas a hablar de filosofía y quejarnos, encima, del volumen del fútbol en la tele o la música. ¿Querías venir con nosotros al simposio sin ser invitada? –le preguntó.

Al oír esto, me dijo Aristodema que les respondió:

–Pues, si me lleváis, tened por cierto que discutiré en vuestro lugar con los camareros, pero no pienso abrir la boca ni decir nada sobre el amor.

La afasia se apodera de algunos cuando se plantean los temas más candentes; pero eso ya va bien, porque a muchos filósofos del Garraf no hay quien les consiga interrumpir cuando se lanzan a soltar sus peroratas. Así que se dirigieron los tres al Medium, atravesaron el jardín del hotel, bordearon la piscina iluminada y se instalaron cómodamente en las butacas, esperando a los amigos y los gin-tonics. Todos fueron llegando. El tema del amor ya estaba elegido de la reunión anterior; ya habían decidido honrar al dios. Pero lo que no estaba claro es si los colegas iban a hacer un encomio o una crítica de Eros, de ese dios o ese *daimon*, sea lo que sea, del que el amigo Platón dice que es tan antiguo y tan importante, pero está en franca crisis desde que, como dice aquel de Britania, el tiempo se ha salido de quicio.

Abrió la sesión Pradonte con la siguiente reflexión:

—Todos sabemos que la mejor manera de encarar un asunto como este que nos tiene aquí reunidos, libando *gins*, es yendo a los orígenes, porque en los orígenes está la clave de todo lo demás. Es algo que hacemos constantemente en el ámbito filosófico, ya que nuestra disciplina no descarta nada del pasado sino que lo acumula, no como un lastre, aunque nuestros alumnos deben pensar que sí, sino como un compañero inseparable en nuestro viaje al mundo de las ideas, necesario como guía en un mapa que se asemeja demasiado al territorio que pretende representar, como sugiere Lewis Carroll. Así nos lo advierte Guthrie cuando señala que no debemos tomar a la ligera las viejas palabras griegas y traducirlas al tuntún, como es el caso de *areté* (¿virtud?), *logos* (¿palabra, razón?), *theos* (lo divino, pero no como sustantivo sino como adjetivo), *diké* (¿justicia?), etc., etc., etc. Tal es el caso de Eros, el llamado dios del amor y la atracción erótica. Es evidente que no podemos considerar esta divinidad solo en tanto que vinculada al amor, pero tampoco solo vinculada a lo erótico. Así que vayamos al origen de todo.

Entonces sacó Pradonte un libro de su bolsillo y nos leyó un fragmento. De la *Teogonía* de Hesíodo.

—“En primer lugar existió el Caos [*Xáos*, bostezo, agujero]. Después Gea, la de amplio pecho, sede siempre segura de todos los Inmortales que habitan la nevada cumbre del Olimpo. [En el fondo de la tierra de anchos caminos existió el tenebroso Tártaro.] Por último, Eros, el más hermoso entre los dioses inmortales, que afloja los miembros y cautiva de todos los dioses y todos los hombres el corazón y la sensata voluntad en sus pechos.”

Aquí comenzamos —dijo Pradonte— a captar algunas pistas de qué es Eros en ese origen de los tiempos. Pero sigamos, ahora con el texto de Hesíodo, que relata con profusión las generaciones (en términos técnicos, diferenciaciones) de los dioses, derivadas todas ellas de Caos y Gea, los primeros progenitores. Sorprendentemente, nada deriva de Eros, quien desaparece de la narración hesiódica casi inmediatamente después de haber nacido. Y si nos remitimos a la narración de Apolodoro —el de la *Biblioteca mitológica*— ocurre lo mismo, aunque reaparece bajo la forma de instancia femenina, Afrodita, hija de Zeus.

Caos, Gea, Tártaro y Eros son cuatro divinidades que parecen surgir por sí solas, aunque Eliade tiene a Caos como el *abismo iniciador de la teogonía-cosmogonía*, del cual surgen en realidad Gea y Eros, según explica en su *Historia de las creencias religiosas*.

Es más, de ellas solo Caos y Gea procrean sin necesitar contacto alguno con otra instancia procreadora. Es solo a partir de la segunda diferenciación de dioses que se hace necesaria alguna fuerza que sirva de impulso de atracción.

Eros está presente en el primer estadio de la diferenciación de los elementos cosmogónicos para aportar un rasgo antropomórfico a las siguientes diferenciaciones o generaciones de dioses, aunque no siempre sea necesario. Gea genera a Ponto (el mar) *sin amor*, a pesar de que Eros ya está presente; igual que Nyx, la Noche, que tendrá descendencia al unirse con Érebo, su hermano, ambos hijos de Caos, pero también engendrará por su cuenta a Burla, Lamento, las Hespérides, las Moiras, las Keres, Cloto, Láquesis, Átropo, Némesis, Engaño, Ternura, Vejez y Eris, la maldita Discordia de los romanos –enumeró con ritmo acompasado Pradonte.

En cualquier caso, la forma concreta de Eros se manifiesta a partir de aquí como una instancia natural, como lluvia o semen, bajo la creencia de la fertilidad de la lluvia al caer sobre la tierra desde el cielo. Así que Eros no procrea, al menos en este momento, pero es quien empuja hacia la procreación. Eros nos engaña –alzó la voz y dijo con énfasis Pradonte. Anula nuestra voluntad, nos arrastra –eso lo dijo arrastrando él mismo las erres– para que caigamos bajo el impulso sexual y nos dejemos atrapar en los delirios del placer, cuya inevitable consecuencia será la procreación, el siguiente e inevitable nuevo estadio de diferenciación, de dioses y humanos. Gracias a Eros nos sometemos a la inevitable *diké*, el curso de la naturaleza, al que no podremos resistirnos.

Pradonte se detuvo un momento para recuperar el aliento. Luego susurró como revelándonos su secreto:

–¡Eros es la trampa que no queremos ver! –murmuró– y por eso lo disfrazamos de amor, de sentimiento, de erotismo y otras construcciones culturales y religiosas que quieren tapar lo que es primigenio.

Tras una pausa, agregó:

–Lo que nos dicen las primeras palabras de Hesíodo es que Eros es una fuerza natural, cosmogónica y biológica, de vital importancia para asegurar que todo siga girando una y otra vez.

“Una y otra vez”: el sintagma con su largo “uuu”, resonó en todos los oídos. Mientras tanto Finasia, que estaba sentada a su derecha, se arrellanaba en su sillón, preparándose para comenzar su discurso. Pues Aristodema me contó que seguían el método de Erixímaco, el maestro de ceremonias del *Banquete* de Platón, que había mandado “decir cada uno un discurso, de izquierda a derecha, lo más hermoso que pueda”. Ya les había avisado Finasia que mencionaría a su estimado Spinoza. El viejo panteísta de La Haya no podía faltar en ninguno de sus discursos.

–Hablamos hoy, amigos, de ese tema del que toda la humanidad no ha cejado de preguntarse a lo largo del tiempo –empezó diciendo Finasia– y que hoy, con una insistencia pronunciada, ha producido multitud de trabajos literarios desde todos los ámbitos del conocimiento humano. ¡Hablemos, pues, sobre qué es el amor! ¿Recordáis lo que Spinoza nos dice en la *Ética* sobre el tema?

Nadie se acordaba, por supuesto; así que agradecemos a Finasia que lo planteara como una pregunta meramente retórica, agregando ella misma a continuación:

–“El amor es una alegría acompañada por la idea de una causa exterior”. Si analizamos esta definición, podemos ver que Spinoza sitúa la causa del afecto amoroso en el plano del pensamiento, es decir, en la idea de una causa exterior. Es la idea de esa causa externa la que provoca en mí ese afecto alegre, potenciador de mi vida; dicho con sus palabras *mantiene la alegría del que ama*.

¿Está justificando Spinoza la posibilidad de amores a distancia? –preguntó Finasia–. ¿Sean, por ejemplo, relaciones epistolares, dentro y fuera de la misma literatura? Lord Byron afirma que “escribir cartas es el único recurso que combina la soledad con la buena compañía” –todos temblamos de emoción con la referencia a Byron–. Nick Cave –dijo Finasia, y sabíamos que Nick Cave tampoco podía faltar en su discurso– nos cuenta de un amigo suyo que dice padecer de *erotografomanía*, algo así como un deseo obsesivo por escribir cartas de amor. De hecho, escribió más de siete mil cartas a su esposa.

¡Oh!, exclamamos todos para nuestros adentros –contó Aristodema–; pero no dijimos nada en voz alta, porque ¿qué es una conversación filosófica si no parte de una escucha contenida y discreta?

Cave añade que “la escritura acaba sabiendo más que uno mismo sobre su propia vida” –siguió diciendo Finasia–. Otra forma en la que observar las relaciones amorosas a distancia, tan frecuentes en nuestro tiempo, son las que se dan a través de las redes sociales, *eDarling, Meetic, Tinder...* –dijo Finasia– donde los amantes pueden mantener una relación en la red durante más o menos tiempo, sin llegar a materializarla. Una muestra clara es la que nos muestra *Her*, una película de Spike Jones, donde el protagonista, Joaquim Phoenix, se enamora del sistema operativo de su ordenador, manteniendo una extraña relación de amor con *ella*. Algo que va llegando con cierta normalidad a nuestras casas, donde el sistema operativo nos saluda o nos da las gracias con un *de nada, vida mía*, despertando en nosotros afectos potenciadores de la vida. ¿Y por qué no preguntarnos, siguiendo con la distancia que tolera el amor, por los amores más allá de la muerte? Todos hemos perdido amores en el camino de la vida y no por ello hemos dejado de amarlos.

Entonces, podemos concluir que podría no ser necesaria, la presencia real de la causa amorosa frente a nosotros, y seguir sintiendo alegría. Pero, si volvemos a la definición del amor en Spinoza, hemos de aceptar que la esencia del amor exige cierta conexión con la causa externa. Y eso, nos convierte en seres carentes, dependientes de la causa amorosa, que podría ser, admitamos, muchas cosas: el conocimiento, la naturaleza, los seres individuales, los ideales políticos o éticos, las cosas del mundo... Podemos ver entonces cómo Spinoza nos sitúa, por un lado, en el plano de la idea, del pensamiento; por otro lado, exige la existencia de esa causa externa que produce la idea en nosotros.

Presento ahora, algunas objeciones a la definición de Spinoza –argumentó Finasia. La primera es que esa causa externa amorosa no siempre produce afectos alegres y potenciadores de vida. Eso parece más bien, un ideal, la situación óptima que todos

podrían desear. Pero el amor, el objeto amoroso produce igualmente afectos tristes que disminuyen nuestro ser y son capaces de arrasar con la potencia creadora. Además, la tristeza es también una potencia creadora; el amor es triste, representa el sonido de la pena. Como nos dice García Lorca, *todo lo que tiene sonidos negros tiene duende*. Hablar de amor parece enigmático; ¿será el amor ese pájaro rebelde, increíble y bello de Bizet?

Mi segunda objeción, que es más bien una explicación al hilo del discurso espinosista, es la siguiente: ¿es posible que nuestra idea del amor sea inadecuada, en vez de adecuada, o sea, la que produciría afectos alegres y potenciadores de la vida? O, quizá vivamos en la más profunda ignorancia de lo que llamamos objeto amoroso, ignoremos qué sea la causa que produce afectos tan contradictorios. Pensemos en los amores efímeros que dominan nuestro tiempo, donde se da una total ignorancia de la idea, un total desconocimiento del objeto amoroso, de la causa amorosa. Podemos recordar el encuentro amoroso que describe Bertolucci en el *Último tango en París* en el que Paul y Jeanne sin mediar palabra, sin conocerse, mantienen encuentros amorosos en la más pura ignorancia y desconocimiento. La historia marca, crea modelos de encuentros amorosos a nivel global y que caracterizan el desapego de nuestra época, así como la dificultad para crear vínculos afectivos duraderos.

La lógica de Spinoza propone tener una idea adecuada del amor; pero ¿cuál es el modelo de la causa amorosa? La verdad es que tenemos muchas ideas inadecuadas del amor, ya que parece ser más bien causa de efectos tristes, dolorosos, terribles, efímeros, susurros de dolor y penas...

Así pues, el objeto amoroso, la idea de la causa externa del amor produce en nosotros afectos alegres, pero también tristes. Y es que el amor, la idea de la causa amorosa, el objeto de deseo en el amor, nunca es total, absoluto. No tenemos una idea absoluta, única y total como Platón hubiera propuesto, o también a Spinoza le hubiera gustado. De ahí su propuesta de ascesis, desde los amores más pasionales, carnales, hacia los racionales y hasta divinos.

El amor nunca es total, sino parcial; en general, es parcial. Nos enamoramos de una parte, el amor se queda fijado a una sola parte del objeto amoroso y ahí nacen los excesos, el desorden y la locura amorosa. Dice Spinoza que *el goce de una parte no es bueno para el resto del cuerpo* llevando al extremo el delirio amoroso. Será, pues, el amor una forma de locura, porque lo que observamos en nuestro mundo es un conjunto de delirios, de ideales amorosos en desarmonía y desproporcionados respecto a la realidad que lo provoca, frustración y un discurso absolutamente excedido. Valgan los siguientes sintagmas como muestra: *soy el único/la única, soy su mujer/su hombre, es lo único en mi vida, es el sentido de mi existencia...* Vemos dominar las ideas inadecuadas sobre el amor hasta la locura amorosa. O como dice la descripción del amor que nos regala Rougemont: “un amor al amor, en el que los amantes se necesitan uno al otro para arder de pasión, pero no necesitan al otro tal como es”. Y así el objeto amoroso es solo un soporte material para mi idea preconcebida, delirante del amor.

¿Será, pues, el amor un negocio dirigido por el amor propio? ¿Quién se atrevería a negarlo?

*Caute!* Es la advertencia de Spinoza.

Así volvió Finasia a su querido Spinoza y, al estilo del Erixímaco de Platón, terminó con una llamada a la prudencia. Luego intervinieron varios colegas. Hipatia habló de los amores muy trágicos de Esquilo, Sófocles y Eurípides; Eudaimón disertó largamente sobre el amor en la *paideia*; Bizantina se enredó en no sé qué metáfora del anverso y el reverso del amor, comparándolo con una alfombra oriental. Pero nadie colocaba finalmente las alfombras del revés; así que, ¿qué importaba, finalmente, cómo fuera el reverso del amor? Aristodema no fue capaz de recordar ni sintetizar ninguno de esos tres discursos. Pero sí recordaba el discurso de Astus, que yo, Apolodora, pude volver a relatar al pesado de Glaucón que me lo exigía en medio del vagón.

Astus no es alguien que se ande con rodeos. Así que fue directa al meollo de la cuestión y dijo:

*–Com diu aquell anunci, Eros està, al meu parer, sobrevalorat* –todos sentimos en aquel momento que Astus había dado en el clavo–.

*–Perquè, ¿de què parlem quan parlem d'Eros? –siguió ella planteando. Parlem d'Eros com d'aquell llegat mític, com a potència cosmogònica, generadora i ordenadora de l'univers, que neix, fruit de l'amor de dos déus? O fem un salt del mite al logos i voldrem referir-nos a Eros tal com ens és llegat pels autors tràgics, com a força ineluctable que mena els cecs humans cap al seu inevitable destí, incloent invariablement el patiment i la mort? O potser preferiríem veure Eros com l'element que inflama la ment creadora, com a motor responsable d'haver donat llum a un ingent corpus poètic: des de la poesia clàssica, passant per la poesia pastoral, la trobadoresca, la cortesana, la mística –també la poesia mística es pot veure travessada per Eros, per bé que un Eros diví– o la poesia pròpiament lírica? O no serà Eros l'element ocult darrere el colossal llegat novel·lesc d'ençà el s. XVIII? O bé darrere el llegat romàntic, adquirint llavors un tint fosc, anèmic i del tot anti-vitalista? O hauríem d'entendre Eros tal com ens el va llegar Freud, com l'impuls innat i vital en els humans que ens empeny a preservar la vida –i, per tant, a reproduir-nos: vet aquí la intermediació d'Eros–, contraposat per tant a Thanatos, que ens empeny vers la mort? Què resta d'Eros en el segle XXI?*

¿Eso, eso!, exclamamos en nuestro fuero interno. ¿Qué queda de Eros en el siglo XXI?

*–És Eros un híbrid de tot plegat? Una reducció gastronòmica? Un destil·lat sublim?*

Las preguntas se habían acumulado. Astus hizo una pausa, luego dijo con una carga de serena tristeza en la voz:

*–Eros avui travessa moments baixos, passa per una fase prosaica si l'entenem com a potència enèrgica i creadora: ni tan sols la poesia contemporània beu de la font de l'amor, constructe sota sospita des de disciplines diverses (psicologia, neurociència, sociologia,*

semiòtica, etc.). De fet, la prova més evident i indiscutible del seu moment crític és que els índexs de reproducció, entesa com un efecte indestruïble d'Eros, són també alarmantment baixos: l'impuls vital vers la vida, la preservació i la reproducció de què parlava Freud mai s'havia vist tan profundament i, sobretot, deliberadament obstaculitzat, generant un dilema demogràfic de dimensions encara incalculables. Els humans hem deixat d'imaginar, no diguem ja de desitjar, com a contrapès psicològic davant la inevitabilitat de la mort, la nostra perpetuació en el temps gràcies als nostres descendents. Què s'ha fet de tota aquella energia curativa? Quina és la font de pau que ha de calmar, doncs, l'angoixa que ens produeix la consciència de la nostra mortalitat, i que secularment hem assedegat amb el desig dels fills? –volvia a preguntar Astus con voz queda. El cert és que aquest Eros desnerit com a força creadora conviu amb ofuscació i obscenitat amb un Eros icònic parasitari i ubic: un bell Adonis ebri, desenfrenat, golafre.

La imagen de un hermoso Adonis borracho, desenfrenado, golafre, nubló nuestra imaginación. Entomamos todos los ojos. Casi lo veíamos al borde de la piscina azulada.

–Adonis ha suplantat Eros en aquesta funció propagandística d'una nova forma de vida contemporània, sobre la qual hi ha centenars de milers de pàgines escrites. Un estil de vida eixelebrat, hedonista, narcisista i presentista, que fa del jo i de l'ara les úniques raisons d'être del subjecte contemporani. El tall amb el passat i amb el futur és inevitable: cada individu viu aïllat en la seva càpsula, ha esdevingut un non sequitur en relació amb els seus avantpassats i amb els seus possibles descendents. Com no s'ha de parlar de truncament amb allò anomenat solidaritat intergeneracional, tan present en el discurs ara que és manifesta en la no-sostenibilitat de les pensions?

El tono de voz de Astus se volvía cada vez más enfático y más severo:

–Adonis –y subrayó Astus que se trataba de Adonis y no de Apolo– ens assalta a cada cantonada i ens convida amb la seva bellesa escultural, com feren les sirenes amb els seus cants mentiders, a oblidar les misèries que avui més que mai sabem que assetgen el nostre cos i la nostra vida, i a ofegar-les amb el que alguns han anomenat projectisme del jo: el culte del jo i la ideologia del creixement personal, motors tots dos de l'hiperconsumisme que ens és característic, i que ha trastocat profundament la vivència de l'element temps en l'era contemporània. Adonis no és res més que la marca publicitària –exclamó Astus– que ens és instil·lada icònicament sobretot a través del sentit de la vista, però també apel·lant a l'exaltació dels altres sentits. La moderació, la prudència i la cautela han passat a la història: avui són dies de paroxisme, d'ebrietat autoabsorta, d'erotomania, d'oda a l'excés –todas las cejas quedaron fruncidas–. Però aquesta força dionisiaca materialitzada en la bellesa d'Adonis no és transitiva, no redunda fora del subjecte, no triangula: queda enquistada sempre dins i és, per tant, estèril, oclou tot possible acte creatiu.

Se sintieron abrumados por las palabras de Astus.

–Per no parlar d'Eros com a element aglutinador de la família mononuclear, tal com un dia havia estat teòricament construït: si Eros està en crisi, no ens ha d'estranyar que també

*hi estigui la família, com efectivament clamen les estadístiques. El compromís interpersonal està clarament en davallada, bé sigui amb la parella, bé sigui amb els fills, si n'hi hagués, bé sigui amb la cohort generacional o amb les generacions del dia de demà, amb l'espècie humana del futur. El dictat de l'Esprit du temps mena el subjecte al compromís amb el si mateix, sacrificant tot allò que eventualment s'hi interposés: el seu cos i els designis de l'individu han esdevingut el sant grial, i els venera com si es tractés d'una obra d'art constantment en construcció i evolució. Són les úniques raons que troba per viure.*

Terminó Astus su discurso volviendo al Adonis hermoso y decadente.

*–Així doncs, ni que fos només pel pervers efecte de l'exhibicionisme comminatori d'aquest Adonis obsessiu i ubic, em reafirmo en la idea amb què començava aquest exordi: Eros avui està sobrevalorat. Pel que fa a la resta, com es lamentava sobre la lírica aquella banda dels anys vuitanta, ai las, el temps!, els actuals són “malos tiempos para Eros”.*

APOLODORA. – Los gin-tonics ya se les habían subido a la cabeza, me contó Aristodema. Se preguntaban hasta qué punto ese Adonis hermoso y decadente no resultaba más atractivo que Eros y, sobre todo, la pregunta clave que se planteaba era si pedir o no pedir otra copa. Se acordaron del último debate del *Banquete* de Platón, donde Sócrates, Aristófanes y Agatón siguen bebiendo y discutiendo entre la multitud dormida y desparramada. ¿Podía el mismo poeta escribir tanto una comedia como una tragedia? Decididamente pensar el amor siempre había requerido, ya desde los tiempos de Platón, aptitud tanto para la tragedia como para la comedia.

GLAUCÓN. – ¿Pero los filósofos del Garraf se emborracharon? ¿Adonis era gay o queer? ¡Ya llegamos a Sitges, Apolodora! ¿Adonis creía en el poliamor? ¿Vais a incluir en el examen el tema? ¿Podremos subir nota entregando un trabajo sobre el amor?

No pude satisfacer su curiosidad. El tren había llegado a la estación. Apreté el botón de apertura de las puertas con energía. Afortunadamente, Glaucón seguía su viaje hacia Vilanova.